

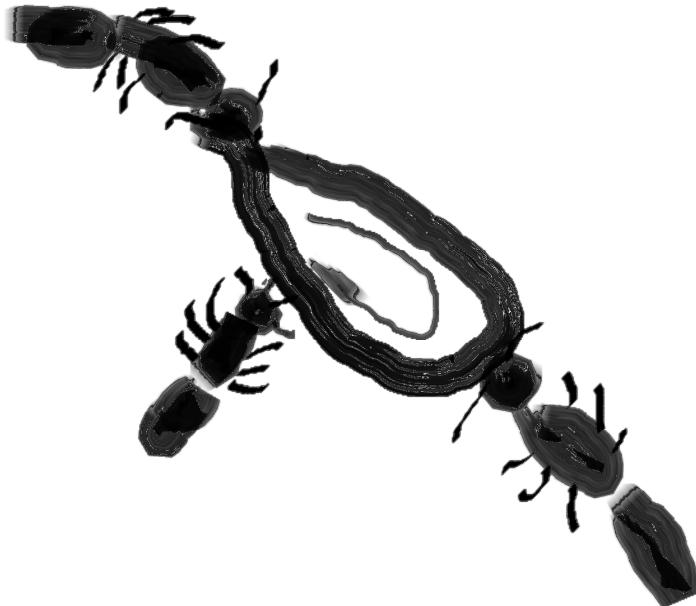
Antonio Blanco Tejero

Las Tres Verdades

Monólogo en tres partes

PRÓLOGO

Las tres hormigas



PRÓLOGO

Las tres hormigas

A las seis de la mañana, en el salón de una pequeña casa, sobre la mesa central ya marchita de fiesta, entre vasos de plástico coloreados de vino y carmín, caídos y amontonados junto a botellas vacías y platos de aperitivos rancios casi llenos, caminaba una hormiga de las que los hombres llaman obreras. Pareció gustarle unas pipas de calabaza que, después de darle unas vueltas, se decidió a coger. Las pipas estaban a los pies de una pringosa botella de ron, medio sumergidas en un charquito de este licor que poco a poco se solidificaba. Quiso coger la que más cerca tenía para no ensuciarse con el líquido, la agarró con sus mandíbulas y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas, pero el peso de las que estaban encima y la pringue del licor le impedían sacarla, así que probó varias formas de arrancarla. Después de muchos intentos, entre los esfuerzos que realizaba y la cantidad de alcohol que estaba inhalando, mi amiga de seis patas se emborrachó y mareada emprendió de nuevo el camino, esta vez hacia el hormiguero, con una de esas enormes pipas que consiguió por fin tomar. Pero no lograba ir hacia ninguna parte, pues daba vueltas en círculos, yendo para atrás y adelante, izquierda y derecha, seguramente por el mareo, o la pérdida de memoria, o por su incapacidad para oler el camino de vuelta, o por la rebeldía que el alcohol había dado a sus instintos de esclavitud, o por todo, o por algo de ello, o por cosas que no imagino. El caso es que, al cabo de un rato, otra hormiga de mayor envergadura, de esas conocidas como soldados, se fue para ella para corregir su camino cogiendo la pipa por el otro extremo para tirar con decisión hacia el hormiguero, pero, parece ser, que el coraje de la pequeña obrera igualó en fuerza a la soldado y he aquí que las dos tiraban dando vueltas sin desplazarse. No tardó mucho en acudir otra hormiga, ésta diferente a las otras dos, mucho más nerviosa y de tamaño que se ajustaba a la media entre la obrera y la soldado, si no me equivoco, se llaman exploradoras y su principal función es la de andar solitarias buscando alimento, dejando siempre un rastro de olor para que las obreras localicen la comida encontrada y la lleven al nido. Ésta última hormiga no sabía de la disputa de las otras dos, simplemente encontró una pipa que no estaba en ningún camino trazado y la quiso tocar para impregnarla de olor. Al agarrarla por el medio detuvo los giros que daban sus otras hermanas para quedar las tres completamente inmóviles pero ejerciendo cada una de ellas una considerable presión de arrastre. Rápidamente vinieron al encuentro muchas obreras que seguían el rastro de la exploradora, al verlas, ésta soltó la pipa de calabaza y emprendió un nuevo camino seguida de varias obreras que acaban de llegar y la soldado, que también dejó de tirar, el resto transportaron la pipa junto con mi amiga la borracha al interior del hormiguero.

¿Cuánto duró aquella quietud hecha de tres hormigas y una pipa? No lo sé, fue algo efímero.

Ahora me dispongo, una vez más, a explicar qué tres cosas debe tener una persona para ser un artista. Lo haré bajo tres verdades distintas:

La verdad del mercader

(El actor sale de entre el público tocando una campana y, dirigiéndose al centro, recita repetidamente como un heladero en la playa).

Miradme, amadme, dadme todo, al menos algo...

(En el medio y declamando al público).

Yo, gente que nunca antes he visto.

Yo, gente que no recuerdo.

Yo, gente que nada me habéis dicho.

Yo, gente que me habéis hablado.

Yo, gente que me habéis querido.

Yo, amigos míos.

Yo, familia mía.

(*)Recítese libremente durante aproximadamente dos minutos, intentando convencer al público de la utilidad de algo muy importante y, posteriormente, ofrecerlo en venta, usando sólo esta sílaba.

La verdad del poeta

(*)

¡Ay, cuánto te quiero silencio!
Menos mal que vuelves a mí,
que aún herido por la boca infame
de aquel hambriento charlatán,
yo te prefiero dolido y triunfante
que mediocre y dudoso o, peor,
soberano perpetuo.

Y es que hay virtudes que lo son
cuando se las echa de menos...

(*Suaves gemidos de angustia*)

Me pide que le explique mi soneto,

(*Suaves gemidos de angustia*)

¡Qué necio!

No ve que no tengo mejores palabras que las que he escrito.

Quiere que reduzca el universo
en el que me he esmerado por crear,
que borre mis galaxias,
que apague mis estrellas,
que sea pragmático,
pero ¿lo puedo ser más?

LA LLUVIA

Palabras a mis palabras,

(*Medianos gemidos de angustia*)

palabras que se multiplicarán para ser lluvia de palabras,
gotas que caen sin sentido
sobre suelo mojado de conceptos perdidos,
palabras iguales, en fin, las unas a las otras
y aún así, pedirá más.

No querrá dejar de bañarse con esta inútil tormenta
que le salpica de barro y le empapa la ropa.

Es que no, no son palabras lo que busca,
(*Suaves gemidos de angustia*)
busca la fuente de donde nacen.

YO

...poeta me ha llamado, pero ¿lo soy?
¿no es un poeta, a caso, uno que escribe?..

(*) Comiéncese sin pausa, justo después de “La verdad del mercader” y, de igual modo, al terminar, interprétese “La verdad de Dios”.

EL NACIMIENTO DEL RÍO

(Suaves gemidos de angustia)

(Suavemente) Siempre tiendo a ti...

(Gritándose, enfurecido, intercalar gemidos de angustia suaves, medios y fuertes libremente) ¡Mátame!

Muere de una puta vez...

Nunca harás nada, débil de mierda.

Empieza de nuevo.

Ay, mátame.

¿Cómo salir de este laberinto?

Mañana empiezo, mañana empiezo...

No, ahora, mira el escritorio vacío,

¿dónde estás tú?

(Susurrando) Te amo, te amo.

(Enfurecido) Te voy a sacar las tripas,
me voy a arañar los ojos, te cortaré la lengua,
te arrancaré los pelos, rajará mi cuerpo de arriba a abajo...

¿Por qué te la has follado? Está enamorada de ti...

La barriga me va a explotar... ¿por qué he comido tanto?

Mañana lo arreglo, mañana empiezo.

Nunca más.

Perdona, perdón...

(Suavemente) Yo soy la tierra empapada
y el líquido que desciende.

(Enfurecido) No tienes voluntad,
estás podrido, sólo hago daño a los demás.

(Susurrando) El Amor siempre por delante...

(Llorando) ¿Cuántas veces viviré lo mismo?

No quiero nacer más veces,
quiero no abrazarte, mi niña de blanco, hasta que no termine de desangrarme.

(Gritándose) Basta, ponte a trabajar, maldito peliculero,
te crees un cristo, pero antes de ser crucificado, tienes que cargar con tu cruz,
y ni con mi martirio puedo.

Das lástima, me doy asco.

(Suavemente) A veces rebiento dentro de mí
abriendo surcos en mis manos,
empujado por la necesidad de derramarme,
entonces soy agua que llega,
agua que queda y agua que va,
entonces soy agua,
entonces soy yo.

(Demente) Entonces eres un puto loco...

con carne entre los dientes,
manos manchadas de tinta
y este olor a semen que no se me quita.
Te odio, me odio cuando no hago,
cuando hago y no termino
y cuando termino y no me convences.
¡Déjala en paz, es una buena chiquilla!...

¡Qué duro está este asiento!

(*Suavemente*) Yo sueño con la persistencia,
con el fluir de la costumbre.

Sueño con ser el canal gigante
por el que todo transcurre.

Quiero dejar de ser chorros que cesan,
quiero no ser corriente liviana,
pequeñas filas de gotas perezosas
que en un papel se secan.

Quiero no pensar que debo pensar,
quiero esforzarme para no sentir el esfuerzo,
quiero soñar que sueño y así me despierto.

Quiero y sueño, sueño y quiero
y, mientras tanto, duermo.

(*Como un niño pequeño enfadadito*) “La razón de la sinrazón que mi razón se hace,
de tal manera a mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura”

(*Suavemente*) Riego la rosa cuando la siento marchita,
cuando engorda de muerte,
cuando sus pétalos caen,
cuando su silencio lastima.

No la mimo a diario,
su presencia se me olvida.

No cuido bien de mis plantas,
mi jardín es un campo...
y en mi casa, mi rosa muere en la maceta.

Pero... ¡ay cuando la riego!
cuando la riego la lavo,
cuando la lavo de ella bebo
y me siento joven y fresco.

Le juro que no habrá día
que la tenga al seco capricho del sol.

Jurar quiero y por jurar me muero,
pero transpotar el agua hasta ella
me cuesta la vida, la vida del no-yo,
de ése enamorado que no ama,
el que quiere luchar con huracanes

y la brisa matutina lo tumba en la cama.

¿Cómo hacer para cumplir mis promesas,
y, a estas alturas, para no sentir vergüenza cuando prometo?..

Rosa, si pudes oírme, escucha:

Como tu dolor es mi sequedad y tu juventud mi frescura,
en este momento juro que somos una sola cosa,
desde hoy despertaremos, viviremos o moriremos,
pero siempre juntos.

(*Como niño que se despierta*) Mamá.

YO

Poeta me ha llamado...
y ¿a qué llamo yo poesía?

EL RÍO

Me haces falta *Costanza*,
por favor, no me ignores nunca más.
¿Qué soy yo sin tu abrazo?
Sé que las circunstancias nos separan,
pero siempre te siento cerca,
impotentemente cerca.
¡Cuando éramos más jóvenes y me decías que no me querías!..
recuerdo que de pena moría,
me sentía desconsoladamente solo,
y eso que jamás has sido mía,
siempre he gozado de ti en ocasiones festivas.
Desde que te conozco,
ha sido todo un continuo echarte de menos.
Se me viene a la mente la primera vez que te vi.
¡Dios, qué guapa estabas con aquel vestido blanco!
Pareció casual nuestro encuentro, pero, en verdad, te buscaba.
Me dije mientras por la calle cabizabajo caminaba:
ya estoy harto de pasear solo,
de hoy no pasa,
debo encontrar el amor o no vuelvo a casa,
pero luego me dije: vuelvo a casa.
Y, de repente, cuando alzé la mirada,
ahí estabas tú, con tu vestido blanco en medio de la plaza.
Desde ese momento dejé de caminar solo,
¿qué importa si nadie me acompaña?..
Cuando huías de mis pensamientos
para dejarte tocar,
con qué pasión te devoraba...
Te mostrabas más fuerte que el hambre y el sueño,
y yo sin fatiga corría a tus brazos,
no miraba la hora, no me importaba mi aspecto,
no escuchaba a los que me hablaban
cuando te sentía en mi enrarecido pecho.
Todo fluía, gracias a ti,
de dentro a fuera,
creyendo que era de fuera a dentro.
Vuelve *Costanza*...
vuelve a meter tu alma en mi cuerpo,
echa de tu casa mis borracheras y tormentos,
este olor de flores marchitas,
este viento y sólo viento.
Arrópame con tu vestido blanco,
que sea la vela de nuevo
del más veloz los barcos,
que yo tengo aire de sobra,
que yo tengo viento y sólo viento
si no me das tu nombre, *Costanza*,
para vestir mi silencio.

Ayer volví a pasar por el parque por el que solíamos caminar y decidí dar rienda suelta a una pequeña locura, no había nadie o eso pensaba, levanté mis manos como el que quiere tocar el cielo, y mientras andaba con los ojos cerrados, decía en voz baja:

Señor, cuando viene la primavera, toda esta energía que duerme en el invierno, se despierta en materia verde, puedo tocar lo que ahora sólo puedo intuir, por eso que sé que está, te pido que me llenes de ella y hagas que mi amor por *Costanza* se transforme algún día en materia roja, en materia roja, materia roja...

Así me repetí esas dos palabras hasta que salí del parque, bajé los brazos y “materia roja” dejó de tener significado.

Sí...

(Débil risa) no te olvido nunca...

A veces me pregunto qué saco de ti, qué me lleva a necesitarte cómo te necesito y no hablo de que sin ti no soy nada, pues no es cierto, sin ti sería algo, al menos una cosa, o dos, o cien, o mil, o el número mayor que se haya escrito, pero qué es eso comparado con mi eterna plegaria.

Sí,

sin ti sería todas las promesas del mundo en una boca tapada por unas manos viejas demasiado iguales a las mías.

¿Por qué respiro con dificultad cuando siento que me faltas?

¿por qué y para qué te quiero *Costanza*?

¿por qué no puedo ser feliz sin tu amor, en un estado de equilibrio con lo que puedo ver, con lo que puedo sentir, con lo que dicen que es real?

¿será porque nada lo es y te necesito para demostrármelo y gritarlo a la Humanidad?

(Gritando como un afónico) ¡Nada es real!

(Risa media) Es imposible si tú no estás cerca...

Y cuando te noto cerca, cerquita...

cojo los frutos que caen de los árboles del cielo,

son tantos y tan dulces que a veces creo que no puedo con tanta dulzura.

Luego te vas y los frutos quedan almacenados en el cajón de mi escritorio, nunca se pudren, pero al ponerles más frutos encima, soy yo el que se marchita y suda al ver bellezas por parir aplastadas por más bellezas.

Y es que es eso *Costanza*,

tú y yo somos los padres de hijos de divinas semillas,

Yo estoy dispuesto a sufrir,

ayúdame a mostrarles la luz,

abramos el cajón y pongamos la firma...

¡Ay, cuánto me cuestan tus besos!

Los pago con un espera interminable,

con una montaña de inquietudes que llega al cielo,

con una locura inquebrantable,

con una fe en mí que a veces no merezco,
y así hago lo que hago
por culpa de lo que he hecho...
por ello he de confesarte algo:
En el tiempo que no te he visto ni escrito,
he ido sumando momentos que se han transformado
en días y sin darme cuenta en años,
no es bueno lo que hacía, pero
mentiría si te dijese que lo veo como malo,
más bien pienso que sólo estaba equivocado,
naturalmente equivocado.

He bajado a las puertas del infierno en numerosas ocasiones
guiado por un calido apetito que nacía en mi interior.
Allí me quedaba absorto contemplando a los condenados.
No te asustes por lo que te voy a decir.

Allí parado, me masturbaba contemplando cómo retorcían sus cuerpos,
cómo disfrutaban de su condición de condenados,
les encantaba ser sumisos, ser aplastados,
ser violados y vejados por bestias inmundas.

Gozaban revolcándose en la mierda, en la sangre y el semen
como cerdos en el fango.

Sólo había una cosa más grande que el asco que sentía al mirarlos,
era el placer que me arrastraba a practicarlo.

Escarbaba con la vista detrás de cada abobinación
y venían a mis ojos paisajes de infiernos aún peores.

Al principio no quería mirar
y me iba corriendo de aquel nauseabundo lugar,
pero volvía, volvía porque esas imágenes
alimentaban las ganas de mis adentros,
entonces corría hasta los sitios que dejaba,
pasando una y otra vez por aquella puerta
donde es mentira que hay escrito:

“Los que entréis, abandonad toda esperanza”,
pues sólo los que esperan un futuro mejor sufren por sus miserias,
sólo los que tienen tiempo para reflexionar temen un mañana,
porque no hay nada eterno...

El infierno siempre tiene la puerta abierta
para los que quieran entrar y probar sus placeres,
para los que han probado y quieran salir sin mancha
siendo como los simples que están afuera,
esos que no miran para adentro,
los que han mamado siempre de la tetra segura,
esos que parecen que no piensan,
esos que caminan sin detenerse,
los que creen las historias de los que entraron,
los que su honor no arriesgan...

No es peor el hambre que la vergüenza
ni el dolor que sentirse desalmado.

He estado tanto tiempo entrando y saliendo
que he terminado por aceptar que mi vida es un camino de ida y vuelta al mal,

o al bien,
es más, perdí la sensibilidad para discernirlos.
Descendí a un escalón intermedio entre el hombre y animal.
Cada uno vive el martirio que decide sufrir...
No sólo disfrutaba mirando y de mirar,
a medida que profundizaba gozaba con ellos y de sus pecados.
Acéptame esto:
Si he estado en el infierno es porque he sido un diablo,
porque he querido serlo, porque he querido permitírmelo,
porque no quería ser otra cosa, porque me aburría ser de otro modo,
porque no veía otra manera de ser,
porque no creía en el mal.
¿Por qué no?
¿por qué no gozar de todo?
¿por qué no la ley del más fuerte?
¿por qué no hacer lo que me apetece?
Destrocé mi moral, la moral de mis padres,
y me convencí de que vivimos respetando una ética celestial
para no tener miedo de matarnos los unos a los otros,
para vivir tranquilos.
De que nuestro sentido común y espiritualidad eran sólo un mecanismo de autodefensa.
Por eso pecamos, porque en el fondo no nos creemos a nosotros mismos,
no podemos evitar lo que deseamos,
ni olvidar lo que sentimos.
Podemos hacer la cosa más grotesca y maravillosa del mundo,
hasta perder el rumbo de nuestro sino.
Todos estos pensamientos se solidificaban dentro de mi cabeza
mientras mis manos acariciaban las pieles más delicadas
y mis caricias destrozaban los corazones más puros.
¡Ay, amiga, aún hoy me cuesta creerme lo que escribo!...
También me hicieron daño a mí,
jamás lloré tanto como cuando me dejaron de dar calor las manos que deseaba,
sentía que no podía con semejante aflicción,
y en aquél estado donde mi alma moría de agonía,
fue cuando comprendí por qué dudaba
de un placer que también me daba asco,
se me abrió el cielo del infierno tres veces, una por cada dolor.
La luz que descendía era tan fuerte que me hacia ver todo de color blanco,
blanco como tu vestido blanco...
Todo se paraba.
“Te amo”, “te amo” me decía una voz desde la fuente de aquella luz
transformando mi llanto de dolor en un llanto de placer infinito,
en un llanto de arrepentimiento, en un llanto de valentía.
Comprendí que llegar hasta esa fuente de luz
era la cosa más grandiosa que podría hacer.
Ese “te amo” que llenó mi espíritu se convirtió en la raíz de mi moral.
Y sí, todavía hoy desciendo al infierno después de esas tres revelaciones,
y cada vez que me veo en él
siento además de vergüenza, vejez.

Amada mía,
sé que parecen palabras de loco las que escribo,
sé que tal vez lo sean,
pero si así fuera,
¿no vale la pena esta locura?
Yo quiero vivir contigo creyendo que nada es cierto,
sólo la sonrisa que se escapa de una cuna,
la que se cuela en las miradas esquivas
de cotidianos y apretujados viajeros,
eso es lo que me importa en la vida.
Si he de sufrir por algo que sea
por no devolver esa sonrisa
envuelta con girones de tu infinito vestido blanco.
Regresa pronto compañera,
regresa
porque anoche me recité llorando:

LA MUERTE DEL RÍO

Perdóname mi amor que no te quiera.
Seré un obispo pederasta,
la puta que se salvó de la hoguera.
Seré quien busca y no encuentra
mas que nuevos caminos
al fondo de ventanas abiertas.
Pero perdóname mi amor,
perdóname que no te vea
cuando cierro los ojos,
cuando apago las velas.
Seré un mal padre con tus padres,
el humilde poeta sinvergüenza,
seré un muerto que era profeta...
seré un vagabundo en silla de ruedas.
Pero amor mío perdóname,
perdóname mi amor que sea
un perro viejo en la puerta
que ya no espera.
Aún así, perdóname
porque perdonándome todo valdrá la pena.
Costanza...
Cómo hacerla entender que sin ella soy un querubín con pezuñas,
que la necesito para creerme rebuscándome sin descanso cuando debo trabajar.
Que he hecho de mi vida una garganta rota que debe cantar
que todo es mentira,
que sólo el Amor es verdad,
que quiero gritarlo sin decirlo,
que dependo de ella para saber hacerlo,
que si no, mi vida cae en una insopportable mediocridad,
en una locura con sentido,
en ser un humano sin más.

YO

Y ¿cómo decirlo?

EL MAR

Soy quien se arropa con nombre mortal
sufriendo los avatares del Tiempo,
sastre que ciñe su falso recuerdo,
soy El Eterno que muda sin cesar.
Soy quien despertó de la Realidad
para contemplar que nada es cierto,
soñador que sueña la vida es sueño,
soy la ilusión de ser quien no será.
Soy el que busca y rara vez encuentra
porque encuentro sin pararme a buscar,
soy Verdad dispuesta a ser descubierta.
Soy parte de un todo y un todo de más,
soy la madre que pare a su hijo en Tierra
y el hijo estéril que anhela procrear.

YO

Poeta me ha llamado, ¿y eso es bueno?

LA EVAPORIZACIÓN

Quisiera contaros un sueño,
el sueño que quisiera volver a soñar:
Era de noche en la playa,
yo y unos pocos corríamos perseguidos por una multitud exacerbada,
no recuerdo qué intenciones tenían,
pero el caso es que huímos asustados de ellos atravesando la orilla,
cada vez estaban más cerca,
nuestros pies ya tocaban el agua
y cuando ya no había más camino para la persecución,
empezamos a volar.
Era maravilloso.
Mientras seguíamos subiendo en el cielo,
miraba para abajo
y cada vez sentía más pequeños aquellos hombres, aquella playa,
aquella bahía, aquella ira...
Cuando ya no había más nada que mirar debajo,
decidí observar a los otros que velozmente ascendían mirando siempre arriba.
Yo no quería mirar por encima de mí y empecé a contemplar mi cuerpo.
Pensé que estaba volando,
y comencé a preguntarme cómo lo hacía.
Sabía que no era un pájaro,
pero quise mover los brazos como ellos las alas,

y en seguida empecé a sentir miedo a caer.
Luego caí en la cuenta de que no tenía plumas,
así que era inútil agitar los brazos,
y de repente, comencé a descender,
empecé a sentir terror por el dolor que me sentía llegar.
Vi cómo me estaba precipitando sobre aquel durísimo mar,
que mi pánico glisaba hacia las cotas más altas del miedo
tal como se incrementaba la velocidad de la caída,
y en ella, mientras cerraba los ojos
y se me engarrotaron todos los músculos del cuerpo
me arranqué la lengua al apretar los dientes
sin ni siquiera darme cuenta en aquel momento.
Al notar que continuaba sin fin, que no me estrellaba,
volví a abrir los ojos, y el negro mar cobró raras texturas y colores,
azul, verde, marrón,
parecía hecho de tierra, luego de madera, de cemento,
de trozos de carne...
a medida que descendía y lo veía más de cerca,
observaba que esos pedazos se separaban y definían,
tenía la impresión de que prendían forma humana,
con sus cabezas y extremidades,
con sus manos y caras,
machos y hembras,
rubios y morenas,
jóvenes y viejos,
ricos y pobres,
cultos y necios,
felices, tristes,
sanos y enfermos.
Vi a gente que nunca antes había visto,
a gente que no recuerdo,
a otros que nunca me han dicho nada,
a los que me hablaron, a los que me quisieron,
vi a mis amigos, a mis hermanas,
a mi padre y a mi madre,
Atravesé aquel mar como el que atraviesa un espejo,
y allí estaban los que subieron mirando siempre arriba,
pero ya no tenían cuerpo,
sólo eran pura mentira.
Yo y el infinito, yo y nadie más,
yo y todo yo, yo y ya.
Quise gritar a los que por su vera pasé
que todos somos la misma cosa, el mismo mar,
pero no tenía lengua,
ni nadie a quien gritar
y lleno de impotencia
por no poder hablar,
comprendí que la única forma de que alguien me oyera
era intentar cantar.

CONDENSÁNDOME

Padre nuestro que estás en mi cielo,
déjame santificar tu nombre santificando el mio,
déjame ser tú e inventarme un mundo nuevo
para luego recordar que en él siempre he vivido.
Dame la música perfecta para mis cantos y gritos,
pues ¿de qué le sirven los versos a un poeta
si no es para construir caminos
entre el hombre y la Belleza,
en tu nombre, en el mío?
Perdona mi pereza como yo perdone mis días festivos.
No me dejes caer en la cómoda tentación,
en promesas sin hechos,
sobre cimientos de cristal.
Ayúdame a levantar mi cuerpo
cuando mi mano se alce con ritmo.
Líbrame de todo,
líbrame de mí mismo,
mas nunca de lo que hago, de lo que vivo,
pues no pretendo en este mundo
entre lo que escribo y sueño
hallar el equilibrio.

La verdad de Dios

(*)

(D: *Dios*, P: *Poeta*)

D: Muy bien, haré que hagas lo que me pides.

P: ¿Qué es esa voz?

D: (*Risa cariñosa*)

P: ¿Qué sucede aquí?

D: ¡Eres, en verdad, una criatura fantástica! Rozas mi sorpresa a cada momento...

Me ruegas y das las gracias, te comunicas conmigo con el mayor fervor y cuando te hablo yo a ti no das crédito a tus oídos.

P: ¿Quién eres? ¿Dónde estás?

D: Soy yo, soy todo, soy tú, estoy en todas partes, estoy dentro de ti.

P: ¡Dios, qué locura es ésta!?

D: Sí, Dios me sueles llamar y no he concebido este diálogo como una locura.

P: (*Silencio, estupefacto y asustadísimo*)

D: Poeta, escúchame bien, mientras dejas de temblar...

(*El poeta empieza a dejar de temblar*)

Te daré todo lo que en este mundo ahora mismo me has pedido, porque así debe ser. A cambio, quiero que hagas algo para mí. Ve a la playa más cercana y construye una catedral de arena pegada a la orilla. La quiero de un sólo estilo, el tuyo, pero ha de ser la más grande que jamás se haya edificado. Todo ha de ser de arena, desde las columnas, arcos, capillas y retablos hasta los pestanas de sus górgolas. Hazla y cuando termines, tendrás lo que me pedías, una voluntad implacable y un regalo extra vestido de blanco.

P: Dejo de temblar pero no de maravillarme... ¿Eres Dios?

D: Sí.

P: Por favor, entonces haz que te pueda hablar con fluidez.

D: Habla.

P: ¿Por qué escucho tu voz?

D: Porque es ésa mi voluntad.

P: Pero... ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?... ¿Por qué hoy?... ¿Por qué la Humanidad te ha implorado por los siglos de los siglos y sólo ha recibido silencio?... ¿Por qué siempre interpretamos, traducimos algunos hechos como señales divinas, los designios de tus deseos, nada que podamos demostrar lógicamente y ahora hablas tan claro con palabras?

D: Hablas creyendo que es cierto cuanto sabes, pero sólo sabes lo que te cuentan, conociendo sólo lo que tu experiencia te ha dado. Hablas de la Humanidad creyendo conocer su historia, pero de su historia sólo conoces unos hechos y sus fechas, actos que según los hombres cambiaron el mundo, pero el mundo cambia constantemente desde el más pequeño gesto. La declaración de una guerra se puede evitar por las gracias que un vecino da a otro con sinceridad. La gente habla de amor usando la lógica y eso es incoherente. ¿Es acaso la vida lógica? Desnúdate de tus palabras, poeta, mira en tu interior y contempla sin juzgar, sin querer comprender y entonces sentirás todo. Ahora todos tus porqué tienen la misma respuesta.

P: Porque es ésa tu voluntad...

(*) *El actor deberá interpretar los dos personajes “en vivo” o sólo el poeta y usar una voz grabada de él mismo en el papel de Dios.*

D: Cuando preguntas, destrozas lo que has aprendido, exprimes tus conceptos y sacas el jugo de tus emociones. Tú, mi amado poeta, ya has llenado el vaso del que quiero beber. Es hora de que vayas más allá del conocimiento y de las pasiones, debes llegar al sentimiento, al reino de los mudos y sordos, por eso te hablo tan claramente. Crees escuchar palabras pero sólo oyes la voz del silencio.

P: ¿Silencio? y ¿no es esto una conversación?

D: Sigues usando conceptos para romper conceptos, para cortar un árbol, no son buenas sus ramas.

P: ¿Y qué debo hacer para encontrar la respuesta o, más bien, qué debo hacer para no tener curiosidad y que nada me resulte incoherente?

D: Creer y basta.

P: Creer y basta, creer y basta... Y si eres Dios ¿Por qué me necesitas para hacerte una catedral, esa imposible de la que hablas?

D: (*Silencio*)

P: ¡Ah ya! porque es ésa tu voluntad...

Ahora te callas. ¿Por qué? ¿Por qué es esa tu voluntad?... Me estoy volviendo completamente loco, escuchar voces era lo único que me faltaba, pero... parecía tan real... Creer y basta, creer y basta...

¿Y se hacen las cosas sólo creyendo en ellas? Hace falta construirlas, ir a por ellas, esperarlas... Creer no basta.

Una catedral de arena... como si eso fuera posible. ¿Cómo se sostendrían los muros sin son de arena? ¿Cómo yo solo podría mover esas toneladas? ¿Cómo diseñaría semejante estructura? ¿Qué dimensiones tiene la catedral más grande? ¿Con qué herramientas esculpiría sus relieves? ¿Cómo me colgaría de los arcos para colocar las gárgolas? ¿Cómo es una gárgola? ¿Cuántos dedos tienen? ¿Y quién las miraría si por esa playa no pasa nadie? Y aunque pasara. ¿Cuánto dura la bajamar? ¿Cómo podría construir una catedral en unas horas, esperar a que alguien pasara, la viera y entrase en ella para orar? Porque no sería catedral si no fuera iglesia y no sería iglesia sin que nadie entrara a intentar comunicarse con Dios. Una catedral de arena... imposible, imposible... ¿Imposible? Imposible.

(*Mirando a una hormiga*)

Imposible. ¿Verdad hormiguita?...

Tú no te preguntas nada, cargas con esa pipa que es cuatro veces más grande que tú, la dejas en el hormiguero y sales para buscar más alimento, y así, sin parar, sin hacer pausas para el desayuno, almuerzo y cena, no tienes cigarros que fumar, ni más preocupaciones que la de encontrar comida, tú no te preguntas nada... Quizá por eso no dejas de hacer y en cada minúsculo gesto que haces veo, sin embargo, una pasión gigante y una verdad incuestionable, porque tú, hormiga, canalizas tu vida en cada acción, las personas perdemos tanto tiempo pensando y sintiendo que olvidamos hacer, hacer y basta... Pero hacer para qué, hacer sin creer en nada es banal, pero creer sin hacer lo que se cree, soñar sin perseguir los sueños, es una tortura para el alma.

Una catedral de arena, igual es bonita la idea... Y si pudiera, para qué lo haría. ¿Qué necesidad tengo de agobiarme tanto? Ese sudor. ¿Para quién sería? ¿Para Dios? La verdad es que no habría mayor objetivo, pero mi fe es como yo, inconstante...

No quiero ser así... ¿Y si consagrara toda mi vida en hacer esa catedral, concentrar todo mi ser en esas horas? No sería mayor locura que la de vivir creyendo creer y no esforzarse por hacer lo que se cree. ¡Cuánto temor tengo en creerme lo que siento!

Y digo bien, temor, porque el temor es lo que te paraliza, el enemigo del amor, el que te hace sentir carne que se pudre, el que encoge nuestras alas.

Tengo miedo de permanecer despierto de esta falsa realidad, de creer en mí mismo, de vivir mi vida que es mi sueño, interpretándola según me dicta el corazón. ¿Qué me detiene? Nada, y sin embargo me encuentro anclado en estas preguntas, en estas ganas, en esta tortura.

Creer y basta. ¿Por qué no ha dicho hacer y basta? ¿Será porque el que dice hacer no está haciendo y el hacer es el futuro inmediato y no el presente? En ese caso, creer es a lo que se aspira, el futuro lejano. Para llegar al creer se debe hacer sin pensar. Y cuando se alcanza el creer, el hacer queda en el pasado, ya se hizo, ya no importa, la fe es la acción y no el deseo. El que hace, haciendo lo que cree, vive la fe, es sincero consigo mismo y con el mundo.

El que cree está ya haciendo, porque si no hace no está creyendo, está siendo un hipócrita que se engaña a sí mismo y miente al resto del mundo. Se puede hacer sin creer, pero nunca creer sin hacer, aunque el hacer sea el estar quieto. Permanecer inmóvil es el trabajo del que le arrastran los vientos y del que le absorben las pendientes.

Creer y basta.

Y creyendo estaré con mi pala cavando y levantando la arena como un loco... Bueno, un loco soy. Un loco es el que vive su sueño que es su vida sin compararse con el resto de los que superficialmente sueñan, un loco es un maestro que nos enseña a soñar con sinceridad, con coherencia, con cordura, el que pone las reglas que quiere a su vida. No, no estoy loco, pero quisiera.

¿Y si cojo la pala y me voy a la playa ahora mismo?

Otra vez preguntándome, otra vez inmóvil...

(Toma papel y lápiz)

Voy a mover la arena de este mundo, y lo haré como cuando lo hace el más insignificante de los seres al caminar por la orilla, pero yo voy a moverla para hacer una catedral, y mi catedral será mi huella, una huella que como la más pequeña desaparecerá cuando suba la marea, pero la marea se llevará los granos de arena de una catedral.

Tú, hormiga, me has enseñado con hechos lo que Dios con palabras.

¿A caso, no pido una voluntad infinita? ¿Para qué la querría si no es para acometer empresas imposibles? Pido lo que necesito, pido por lo que deseo hacer, pido algo infinito para realizar algo infinito. No pido hacer, pido creer, pido al que creo creer que quiero creer y así de contradictorio soy, pero es tan real como la vida misma. Nos queremos aferrar a ella sabiendo que es sólo un paso a la muerte. Es ridículo querer vivir, sólo hay que vivir y basta, hacer y basta, creer y basta...

D: Poeta mío, cuando la Humanidad comprenda que lo que llama Naturaleza no es más que la sucesión de fenómenos que está acostumbrada a ver, cuando entienda que una piedra es algo vivo cuyo latir de su corazón es más lento que la vida de los hombres, cuando no busque el cuerpo de las almas, cuando vea que no hay distancias ni directrices, entonces, yo volveré a dormir apoyando mi cabeza en tu pecho y serás tú quien veles mi sueño.

P: Dios, desde ahora no podré orar sin haber trabajado antes, pues el trabajo es la afirmación de mis creencias, de mi fe en ti, el trabajo es el sujeto de mi oración con la cuál te hablo, yo soy mi trabajo, lo que doy. Si no trabajo, si no doy, rezarte sería una hipocresía.

Ayúdame a dar, a trabajar, a ser coherente, a ser consciente, a no juzgar, ayúdame a amar.